



UN TÓRRIDO
ROMANCE
NAVIDEÑO

UNA
Navidad
PICANTE CON
SU JEFE

—  —
KELSIE CALLOWAY

UNA NAVIDAD PICANTE CON SU JEFE

UN TÓRRIDO ROMANCE NAVIDEÑO

ROMANCE PROHIBIDO DE MACHO ALFA

LIBRO UNO

KELSIE CALLOWAY

Copyright © 2024 Kelsie Calloway

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor. Para obtener permisos, póngase en contacto con Kelsie Calloway en kelsiecalloway@gmail.com.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.



ÍNDICE

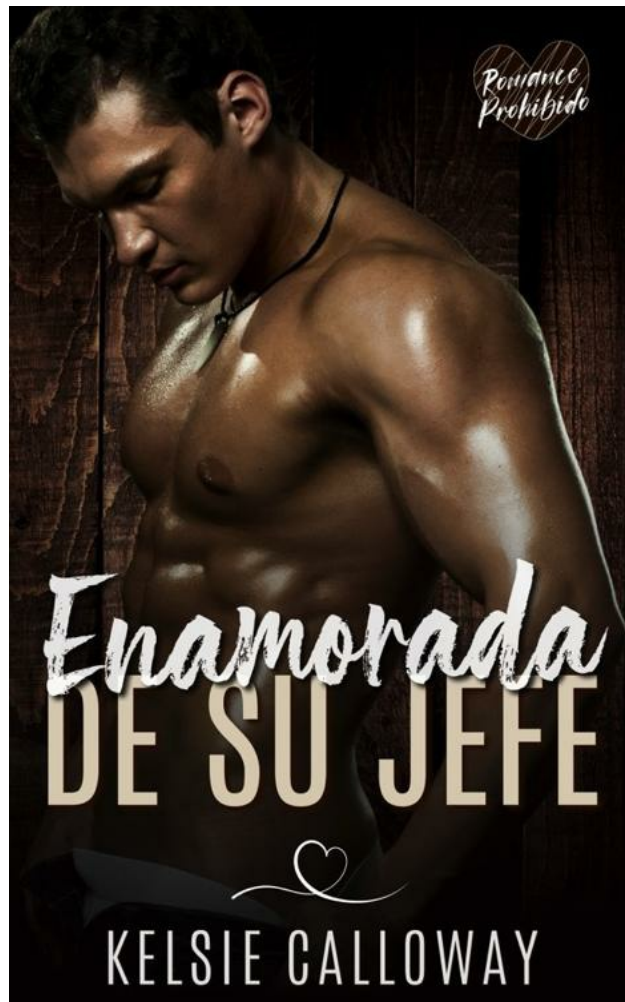
¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

1. Brielle
2. Derrick
3. Brielle
4. Derrick
5. Brielle
6. Brielle
7. Brielle

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

También de Kelsie Calloway

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE
CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

<https://geni.us/SpanishRM>

BRIELLE



La oficina se transforma en un país de las maravillas. Luces centelleantes cubren las paredes de los cubículos, guirnaldas de hojas perennes y cintas rojas rodean las barandillas de las escaleras y un imponente árbol de Navidad se alza orgulloso en el vestíbulo, adornado con ornamentos que captan la luz y brillan como pequeñas estrellas. El zumbido habitual de las impresoras y los teclados se sustituye por una suave música navideña que suena por los altavoces, y el aroma a canela y pino inunda el aire, haciendo que el espacio corporativo resulte cálido y acogedor.

Me siento en mi escritorio, con el suave resplandor de una ristra de lucecitas enmarcando el monitor de mi ordenador. Es difícil concentrarse en los informes de fin de año cuando el ambiente es tan festivo, pero intento seguir adelante, decidida a terminar antes de que empiece oficialmente la fiesta. Mientras tecleo, mis ojos se desvían hacia el despacho con paredes de cristal que hay al otro lado de la planta: el despacho de Derrick.

Está allí, por supuesto, inmerso en una conversación con uno de los jefes de departamento. Lleva el pelo oscuro perfectamente peinado, con unas ligeras ondas que le caen justo por encima de los ojos, de un azul intenso que me recuerda al océano justo antes de una tormenta. Lleva un traje gris marengo que le sienta impecablemente, resaltando sus anchos hombros y su esbelta figura. Tiene una seguridad que no requiere esfuerzo, una intensidad tranquila que llama la atención sin exigirla.

Desde que empecé a trabajar aquí hace seis meses, me he sentido atraída por él. No sólo porque es devastadoramente guapo -aunque eso no está de más-, sino por su forma de ser. Es atento cuando escucha, sincero cuando habla, y hay una sutil amabilidad en sus interacciones que lo distingue. Me he dado cuenta de cómo recuerda pequeños detalles de la vida de la gente, preguntando por la madre enferma de un colega o felicitando a alguien por el recital de su hijo.

Sacudo la cabeza y aparto la mirada. No debería pensar así de él. Es mi jefe, y esa es una línea que no puedo cruzar. Además, no hay razón para pensar que me ve como algo más que una empleada. Claro que ha habido momentos en los que le he sorprendido mirándome desde el otro lado de la sala de reuniones, con los ojos clavados un segundo más de la cuenta, pero probablemente sean imaginaciones mías.

«Tierra a Brielle», dice una voz cantarina a mi lado.

Doy un pequeño respingo y veo a Maya sonriéndome. Lleva un jersey festivo adornado con renos y copos de nieve, el pelo rizado recogido con una diadema brillante.

«Lo siento», digo riéndome y sacudiendo la cabeza con fingida vergüenza. «Supongo que estoy un poco distraída.

«¿Un poco?», bromea, con los ojos brillantes de picardía. «Llevo aquí un minuto entero y tú estabas a kilómetros de distancia en el país de la la».

«Sólo intento terminar estos informes», le digo, forzando una sonrisa para ocultar mis verdaderos pensamientos.

Maya levanta una ceja, con expresión divertida pero cómplice. «Ajá. ¿O quizá estabas soñando despierta con cierto ejecutivo alto, moreno y guapo? Ya sabes, ¿el que siempre parece dominar la habitación en cuanto entra?».

Siento que se me calientan las mejillas. «¿Qué? No. Quiero decir... vale, quizá un poco».

Se ríe y me da un empujón juguetón en el hombro. «No puedo culparte. Derrick Lawson es definitivamente agradable a la vista. Y la forma en que te mira a veces...».

Me muerdo el labio, intentando reprimir una sonrisa. «¿Te has dado cuenta?»

«Es difícil no hacerlo, sinceramente. El hombre prácticamente te desnuda con su mirada. Es como si tuviera un superpoder o algo así», bromea, con los ojos brillantes de picardía.

«¡Maya!» siseo, echando un vistazo a la oficina para asegurarme de que nadie ha oído nuestra conversación. Se me acelera el corazón al pensarlo, una mezcla de vergüenza y excitación me inunda.

Ella levanta las manos inocentemente. «Solo digo lo que pienso. De todos modos, la fiesta empieza pronto. ¿Vienes?

Miro el reloj. «Creo que haré acto de presencia y luego me iré. Tengo cosas que hacer en casa».

«Como quieras», dice, aunque puedo ver la decepción en sus ojos. «Pero deberías quedarte. Relájate un poco. Es Navidad».

«Lo pensaré», le prometo.

Mientras se aleja, intento volver a concentrarme en mi trabajo, pero es inútil. La energía festiva es palpable y mis pensamientos no dejan de divagar. Finalmente, apago el ordenador y empiezo a recoger mis cosas. Tal vez, después de todo, salir temprano sea la mejor idea.

Me pongo el abrigo, me cuelgo el bolso al hombro y me dirijo hacia el ascensor. Las risas y el tintineo de las copas resuenan en la sala de conferencias, donde la fiesta está en pleno apogeo. Justo cuando llego a las puertas del ascensor, una mano cálida me rodea suavemente el brazo.

«¿Te vas tan pronto?», me pregunta una voz familiar.

Me doy la vuelta y veo a Derrick a mi lado, con los ojos reflejando el suave resplandor de las luces navideñas. De cerca, es aún más impresionante, y tengo que recordarme a mí misma que debo respirar.

«Iba... a salir», balbuceo, tropezándome con las palabras por las prisas. «Pensé en adelantarme al tráfico de las vacaciones. Ya sabes cómo puede ser».

Sonríe suavemente, con una pizca de decepción parpadeando en sus ojos. «Esperaba que te quedaras un rato. La fiesta acaba de empezar y no sería lo mismo sin ti». Su tono es cálido y acogedor, por lo que es difícil resistirse a la atracción de su presencia.

Hay una sinceridad en su tono que hace que me salte el corazón. Su mano se posa en mi brazo y el calor de su contacto me transmite una agradable calidez.

«Le agradezco mucho la invitación, pero no quisiera importunarle», le digo, obligándome a mantener la voz firme a pesar de la agitación de mi pecho.

«¿Interrumpir? Brielle, eres parte del equipo», responde con expresión seria y sincera. «No sería lo mismo sin ti; tu energía da vida a cualquier reunión».

Nuestras miradas se cruzan y, por un momento, el resto del mundo se desvanece. Esta noche hay algo diferente en su mirada, algo más cálido, más abierto. El aire entre nosotros se siente cargado, lleno de palabras no dichas.

«Bueno», digo en voz baja, dejando que la calidez del momento me envuelva, “si lo pones así...”.

Él sonríe, mostrando una sonrisa juvenil que parece iluminarle toda la cara, una que no había visto antes y que hace que el corazón me dé un vuelco. «Estupendo. ¿Te traigo algo de beber?» Su entusiasmo es contagioso, y no puedo evitar sentir una oleada de excitación ante la perspectiva.

«Claro, sorpréndeme». Le contesto con una voz llena de curiosidad, ansiosa por ver qué elige y esperando que refleje la camaradería que ha empezado a surgir entre nosotros.

Mientras caminamos hacia la fiesta, no puedo evitar echarle un vistazo. La forma en que le queda el traje, la leve barba que lleva en la mandíbula, la manera en que su pelo refleja la luz... todo en él es innegablemente atractivo. Pero es más que eso. Hay una amabilidad genuina en su forma de interactuar con la gente, parándose a charlar con los empleados de todos los departamentos, haciendo que cada persona se sienta vista y valorada.

Derrick me tiende un vaso de sidra espumosa y chocamos nuestras copas. «Por las fiestas», me dice.

«Por las fiestas», le respondo.

La velada transcurre entre risas y conversaciones. Derrick se queda cerca y nos ponemos a hablar de todo, desde nuestras tradiciones navideñas favoritas hasta nuestros planes para el nuevo año. Me entero de que trabaja como voluntario en un refugio local cada Nochebuena, sirviendo la cena a los necesitados. No me sorprende, es exactamente lo que él haría.

En un momento dado, la música cambia a una clásica canción navideña y las parejas empiezan a balancearse en la improvisada pista de baile. Derrick me tiende la mano. «¿Quieres bailar?»

Dudo un momento, pero la mirada esperanzada de sus ojos derrite cualquier resistencia. «Me encantaría».

Me lleva a la pista y su mano se posa respetuosamente en mi cintura. Mientras nos movemos al suave ritmo, siento que me invade una sensación de tranquilidad. Su tacto es cálido, sus movimientos seguros pero tiernos.

«Gracias por quedarte», murmura en voz baja y sincera, como si las palabras contuvieran el peso de emociones no expresadas.

«Gracias por convencerme», le respondo, con una suave sonrisa en los labios, agradecida por su suave insistencia, que me ha llevado hasta este momento.

Nuestras miradas se cruzan de nuevo, y esta vez no se puede negar la conexión que hay entre nosotros. Las luces festivas brillan a nuestro alrededor, proyectando un resplandor de ensueño. Es como si fuéramos las dos únicas personas de la sala.

Cuando termina la canción, estallan los aplausos y nos separamos ligeramente, aunque su mano permanece sobre la mía. «¿Puedo robarte un momento?», me pregunta.

«Por supuesto.

Me lleva hacia los ventanales que dan a la ciudad. El horizonte está iluminado, los edificios adornados con sus propias decoraciones navideñas. La nieve empieza a caer suavemente, los copos flotan perezosamente en el aire.

«Es precioso», susurro.

«Sí», asiente, aunque cuando le miro, me doy cuenta de que me está mirando a mí, no las vistas.

Me invade una sensación de calidez y todos los muros que había levantado con tanto cuidado empiezan a desmoronarse. Tal vez sea la magia de la estación, o la forma en que los copos de nieve bailan contra el cielo nocturno, pero me atrevo a esperar que esta Navidad tenga más de lo que nunca imaginé.

DERRICK



La oficina nunca tiene este aspecto. Atrás han quedado los blancos y grises estériles de la vida corporativa, sustituidos por los rojos y verdes intensos de las fiestas. Luces parpadeantes cuelgan de todas las superficies disponibles, proyectando un cálido resplandor que suaviza los bordes de la habitación. El árbol de Navidad de la esquina está adornado con ornamentos y espumillón, y su estrella brilla intensamente.

Pero nada de eso se compara con lo radiante que está Brielle esta noche.

Está al otro lado de la habitación, riéndose de algo que ha dicho Maya, y sus ojos brillan más que cualquier adorno. El suave vestido rojo que lleva se ciñe perfectamente a su figura, el color complementa su piel suave y cálida. Su pelo oscuro cae en suaves ondas sobre sus hombros, y cuando se coloca un mechón detrás de la oreja, dejando al descubierto un delicado pendiente de plata, siento un aleteo familiar en el pecho.

Llevo meses luchando contra esta creciente atracción. Ha sido una batalla constante entre la profesionalidad y la innegable atracción que siento hacia ella. Recuerdo el día que la entrevisté: una mente aguda, preguntas perspicaces y una sonrisa que me dejó momentáneamente sin palabras. Contratarla fue una de las mejores decisiones que he tomado, pero también me puso en una situación precaria.

He intentado mantener las distancias, centrarme en el trabajo e ignorar cómo se me acelera el corazón cuando ella está cerca. Pero esta noche, bajo el resplandor de las luces de Navidad y en medio de la alegría festiva, me resulta imposible resistirme. Parece aún más encantadora, si cabe.

La observo mientras se mueve con elegancia entre la multitud, relacionándose sin esfuerzo con todos los que conoce. Hay una facilidad en ella, una calidez genuina que atrae a la gente. Es una de las cosas que más admiro de ella. Eso, y su ingenio, su dedicación, su amabilidad... la lista es interminable.

Mientras bebo un sorbo, mis ojos se desvían hacia arriba y me fijo en una ramita de muérdago que cuelga cerca de la entrada del balcón. Se me ocurre una idea que me produce una oleada de adrenalina. Es atrevida, quizá temeraria, pero la idea de dejar pasar otro momento sin expresar lo que siento me parece insoportable.

Vuelvo a mirar a Brielle y, como si percibiera mi mirada, ella me mira. Nuestros ojos se encuentran y el ruido de la fiesta pasa a un segundo plano. Hay suavidad en su expresión, una pizca de curiosidad mezclada con algo más, algo esperanzador.

Dejo mi vaso y me dirijo hacia ella, entre los grupos de colegas. Cada paso es una mezcla de expectación y nervios, pero avanzo, impulsado por la posibilidad de lo que podría ser.

«¿Estás disfrutando de la fiesta? le pregunto, llegando por fin al lado de Brielle después de abrirme paso entre la multitud de risas y charlas animadas.

Se vuelve hacia mí, con una suave sonrisa en los labios que parece iluminar todo su rostro. «Más de lo que esperaba. Todo tiene un aspecto maravilloso», responde, con los ojos brillantes de auténtico placer mientras observa el espacio bellamente decorado.

«Bueno, es el equipo lo que lo hace especial», respondo, aunque la verdad es que mi mirada está fija únicamente en ella, cautivado por la calidez de su presencia y la forma en que la luz ambiental capta el sutil brillo de su piel. Se me acelera el pulso y no puedo evitar preguntarme si ella siente la misma conexión eléctrica que parece palpitir en el aire entre nosotros.

Brielle inclina ligeramente la cabeza, con un brillo juguetón bailando en sus ojos que me hace palpitir el corazón. «Te has superado con la decoración. Es como una escena de ensueño», dice, observando las luces parpadeantes y los colores vibrantes que adornan la habitación.

Me río entre dientes, sintiendo una oleada de calidez ante su cumplido. «Ojalá pudiera atribuirme el mérito, pero creo que el verdadero mérito es del comité. Han puesto todo su corazón en esto», respondo, señalando los centros de mesa cuidadosamente dispuestos y el suave resplandor de las velas que parpadean en los rincones.

Se ríe suavemente, con un sonido tan rico y genuino que me calienta más de lo que podría hacerlo el vino caliente, envolviéndome como una manta acogedora en una noche fría. Es una melodía que perdura en el aire, haciendo que todo a nuestro alrededor parezca más vibrante.

«¿Te apetece salir a tomar el aire? Sugiero, señalando con la cabeza hacia el balcón donde el cielo nocturno está salpicado de estrellas, la brisa fresca prometiendo un momento de tranquilidad en medio de la celebración.

Brielle duda un momento y luego asiente. «Me parece bien».

Caminamos juntas hacia el balcón y, al pasar por debajo de la puerta, miro hacia arriba para confirmar que el muérdago sigue allí. El aire fresco de la noche nos recibe, fresco y vigorizante. La ciudad se extiende ante nosotros, con sus luces titilando como estrellas caídas en la tierra. Empiezan a caer copos de nieve, delicados y brillantes.

«Esto es precioso», murmura en voz baja, abrazándose contra el frío que nos muerde la piel.

Sin pararme a pensarlo, me quito la chaqueta y se la pongo suavemente sobre los hombros, sintiendo que me invade una sensación de calidez. «No quiero que cojas frío», le digo con una sonrisa juguetona, con la esperanza de relajar el ambiente.

Me mira con los ojos muy abiertos y llenos de gratitud, reflejando el suave resplandor de las luces de la ciudad. «Gracias», me contesta, con una voz apenas por encima de un susurro, como si el momento fuera demasiado valioso para perturbarlo con algo más fuerte.

Permanecemos un momento en silencio, observando la nieve. El suave resplandor de la fiesta se extiende por el balcón, arrojando una suave luz a nuestro alrededor.

«¿Sabes?», empiezo, con la voz casi perdida en el silencio de la noche, “hay algo que quería decirte”.

Brielle se vuelve para mirarme de frente, con expresión atenta. «¿Oh?»

Respiro hondo, sintiendo el peso del momento. «Brielle, eres un activo increíble para el equipo. Tu trabajo es ejemplar, pero más allá de eso, aportas una luz a este lugar que no me había dado cuenta de que faltaba».

Sus mejillas se sonrojan, no sé si por el frío o por mis palabras. «Es muy amable por tu parte».

Me acerco un poco más, el frío del aire nocturno se desvanece con la calidez de mis palabras. «Es más que amabilidad, Brielle. Estoy deseando que interactuemos, escuchar tus pensamientos, simplemente... estar cerca de ti, compartir los momentos que hacen que este viaje merezca la pena».

Sus ojos buscan los míos con una intensidad que me estremece, y puedo ver una mezcla de emociones arremolinándose en ellos: sorpresa, un atisbo de esperanza y quizás incluso un toque de miedo que permanece justo bajo la superficie.

«Derrick...», empieza en voz baja, apenas por encima de un susurro, como si estuviera sopesando la gravedad de lo que está ocurriendo entre nosotros.

«Sé que hay un límite profesional», continúo, »y he intentado respetarlo. Pero esta noche no puedo evitar preguntarme si tú también lo sientes».

Ella exhala lentamente, una nube de aliento formándose en el aire frío. «Yo... lo siento», admite, con la voz apenas por encima de un susurro.

Siento alivio y alegría. «Entonces quizá no me esté excediendo si hago esto».

Miro hacia arriba y ella sigue mi mirada hacia el muérdago que cuelga sobre nosotros. Se le escapa una suave carcajada.

«Parece que nos hemos metido en una tradición», dice, y sus ojos vuelven a encontrarse con los míos.

«Me gustaría mucho cumplirla», respondo.

Lentamente, dándole la oportunidad de apartarse, acorto la distancia que nos separa. Sus ojos se cierran cuando me inclino hacia ella y, cuando nuestros labios se encuentran, es como si el mundo dejara de girar. El beso es suave, tentativo al principio, una pregunta y una respuesta a la vez.

Sus labios son suaves y cálidos a pesar del frío, y saben ligeramente a menta. Profundizo ligeramente el beso, subo la mano para acariciar su mejilla y rozar ligeramente su piel con el pulgar. Ella responde del mismo modo, apoyando ligeramente los dedos en mi brazo.

Cuando por fin nos separamos, apoyo la frente en la suya y ambos nos tomamos un momento para recuperar el aliento. El mundo que nos rodea se desvanece en el fondo, dejándonos sólo a nosotros dos en esta burbuja íntima.

«Guau», susurra, con una pequeña sonrisa en los labios y los ojos brillantes con una mezcla de

sorpresa y placer.

«Estoy de acuerdo», murmuro, sintiéndome más ligero que nunca, como si me hubiera quitado un peso de encima que llevaba demasiado tiempo, sustituido por una flotabilidad que me llena el pecho de esperanza.

Permanecemos así unos instantes, envueltos en la tranquila intimidad del momento. Los sonidos de la fiesta son distantes, la nevada que nos rodea crea un capullo de tranquilidad.

«Llevo mucho tiempo queriendo hacerlo», admito, con la sinceridad de mis palabras flotando en el aire entre nosotros como un delicado hilo.

Ella me mira, sus ojos brillan con una mezcla de alegría y vulnerabilidad. «Yo también», responde, con una voz que apenas supera el susurro, pero llena de una calidez innegable.

«Tal vez no deberíamos esperar tanto para la próxima», sugiero, dejando que un toque juguetón de burla coloree mi tono, mientras me inclino un poco más cerca, saboreando el momento.

Ella ríe suavemente, el sonido como música en la silenciosa noche. «Quizá no», asiente, y su sonrisa se ensancha como si la idea despertara en ella una chispa de entusiasmo.

Cuando empieza a hacer frío, me doy cuenta de que aún no lleva abrigo. «Deberíamos entrar antes de que te congeles», le digo.

Asiente con la cabeza, pero se mueve con desgana, como si ninguno de los dos quisiera que este momento terminara.

Cuando volvemos a entrar en la calidez de la oficina, siento un cambio, una puerta que se abre a posibilidades que no me había atrevido a esperar. El ambiente festivo parece aún más brillante, las luces navideñas parpadean con renovado vigor.

«¿Puedo verte después de esto? le pregunto en voz baja.

Ella sonríe suavemente. «Me encantaría».

«Bien», respondo, sintiendo que me invade un calor que nada tiene que ver con la temperatura interior.

Cuando se retira para volver a la fiesta, la miro marcharse, expectante ante lo que viene a continuación. Esta noche parece el comienzo de algo extraordinario -un milagro navideño, tal vez- y estoy dispuesta a aceptarlo por completo.

BRIELLE



La nevada exterior crea una escena pintoresca, con cada copo iluminado por el resplandor de las farolas y cayendo suavemente al suelo. Dentro, el calor de la fiesta contrasta con el aire fresco del invierno. Siento un rubor en las mejillas, aunque no sé si es por el frío o por la persistente sensación de los labios de Derrick sobre los míos.

Vuelvo a la sala principal, con el corazón latiéndome con fuerza. Los suaves acordes de una melodía navideña suenan de fondo, mezclados con el murmullo de las conversaciones y las ocasionales carcajadas. Pero todo me parece lejano, como si estuviera atravesando un sueño.

«¿Dónde has desaparecido? pregunta Maya, acercándose a mí con una sonrisa traviesa que ilumina su rostro en la penumbra de la habitación.

«Solo necesitaba un poco de aire fresco», respondo, esperando que mi voz suene más firme de lo que me siento, aunque el corazón se me acelere al recordar el beso.

Me mira con complicidad, con las cejas arqueadas en un juguetón gesto de sospecha. «Aire fresco, ¿eh? ¿Y eso tendría algo que ver con cierto apuesto jefe nuestro?». Su tono es burlón, pero percibo la curiosidad que se esconde tras sus palabras, como si estuviera ansiosa por conocer detalles de aquel momento que me había dejado sin aliento.

Abro la boca para protestar, pero decido no hacerlo. En lugar de eso, una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. «Tal vez».

Sus ojos se abren de sorpresa y en ellos se enciende un destello de excitación. «Dios mío, ¡suéltalo!», insiste, con la voz burbujeante por la expectación.

Me acerco más, bajo la voz y susurro: «Aquí no». Echo un rápido vistazo a mi alrededor, asegurándome de que no hay nadie al alcance del oído, con el peso del secreto oprimiéndome el pecho.

Su entusiasmo no decae; asiente con entusiasmo y las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa conspirativa. «Almorzamos mañana. Me lo vas a contar todo», insiste, como si sellara un pacto.

«Trato hecho», acepto, con un subidón de adrenalina recorriéndome ante la idea de compartir los emocionantes detalles.

Cuando se marcha para unirse a otro grupo, me tomo un momento para tranquilizarme. El calor

de la sala empieza a ser sofocante y decido alejarme de la multitud. Me encuentro cerca de los grandes ventanales que dan a la ciudad, una vista impresionante con la nieve cubriendo los tejados y las calles.

«¿Te importa si me uno a ti? La voz de Derrick llega suavemente desde atrás, casi perdida en el suave zumbido de la reunión.

Me giro y lo veo allí de pie, con una expresión amable y acogedora, un toque de calidez en sus ojos. «En absoluto», respondo, sintiendo que una sonrisa se dibuja en la comisura de mis labios.

Se pone a mi lado y permanecemos un momento en silencio, cautivados por los copos de nieve que caen del cielo y transforman el mundo en un paraíso invernal.

«Es precioso, ¿verdad? musita Derrick, con la mirada fija en el sereno paisaje, la nieve cubriendo la ciudad con un suave abrazo.

«Muy bonita», le digo, aunque soy muy consciente de su proximidad, de cómo su hombro casi roza el mío, provocando una oleada de inesperado calor en mí mientras compartimos este tranquilo momento.

«Siempre me ha gustado la ciudad en Navidad», continúa. «Todo parece un poco más... esperanzador».

Le miro. «Sé lo que quieres decir. Es como si el mundo entero se ralentizara un poco y pudieras vislumbrar la magia si prestas atención».

La sonrisa de Derrick irradia calidez, envolviéndome como una manta acogedora en una noche fría. «Me alegro de que te hayas quedado esta noche», dice, con una voz llena de sinceridad.

«Yo también», admito, sintiendo un aleteo de alivio que resuena en mi pecho.

Se gira ligeramente para mirarme mejor, con expresión pensativa. «Hay algo en esta época del año que te hace darte cuenta de lo que es importante», reflexiona, mientras sus ojos reflejan las luces parpadeantes en la distancia.

Asiento con la cabeza, sin apartar la mirada de él. «La familia, los amigos... los vínculos», respondo, con el peso de esas palabras instalándose cómodamente entre nosotros.

«Exacto», afirma, y un parpadeo de comprensión pasa entre nosotros. Duda un momento, como si estuviera ordenando sus pensamientos, antes de añadir: «Y a veces, correr riesgos que antes hubieras evitado». La sinceridad de su tono permanece en el aire, invitando a una reflexión más profunda.

Se me corta la respiración y me invade una repentina expectación. «¿Estás hablando de nosotros? le pregunto, con la voz apenas por encima de un susurro y una mezcla de esperanza e incertidumbre en mis palabras.

«Puede que sí», responde en voz baja, levantando ligeramente las comisuras de los labios al mirarme, con una expresión que mezcla calidez y vulnerabilidad.

Un revoloteo de excitación se mezcla con los nervios en mi estómago, creando un torbellino de emociones que apenas puedo contener. «Derrick, esto es... inesperado», admito, con el corazón

acelerado al procesar las implicaciones de sus palabras, cada sílaba suspendida en el aire como una promesa aún por cumplir.

Extiende la mano y sus dedos rozan ligeramente los míos. «Lo sé. Y no quiero ponerte en una situación incómoda. Si prefieres que las cosas sigan como están...».

Sacudo la cabeza rápidamente, con el pelo meciéndose ligeramente con el movimiento. «No, no es eso. Es que... Nunca pensé que sintieras lo mismo». El peso de mi incredulidad flota en el aire, cada palabra impregnada de una mezcla de sorpresa y esperanza.

Se ríe suavemente, con un sonido cálido y acogedor. «Brielle, llevo meses intentando ocultarlo. Parece que no muy bien». Sus ojos centellean con una pizca de picardía, como si estuviera compartiendo un secreto que ha sido demasiado pesado de guardar.

Una sonrisa se dibuja en mi cara, iluminando el momento con una nueva ligereza. «Bueno, a lo mejor los dos no somos tan buenos escondiéndonos como pensábamos». Darme cuenta de que compartimos esta conexión tácita me llena de calidez.

Se acerca, el espacio entre nosotros se reduce y su mano toma la mía con suavidad, provocando un pequeño escalofrío en mi brazo. «¿Puedo enseñarte algo? Su voz es grave y seria, una mezcla de emoción y ternura en su tono.

«Por supuesto. Mi corazón palpita de expectación, ansioso por ver adónde nos lleva este giro inesperado de los acontecimientos.

Me guía hacia el fondo de la habitación, donde una puerta da a un pequeño balcón privado. El aire es más frío aquí, la nevada parece más intensa, pero la vista es impresionante. Las luces de la ciudad centellean como un mar de estrellas y los sonidos de la fiesta se desvanecen en el fondo.

«A veces vengo aquí a pensar», dice, con la voz casi perdida en el silencio de la nieve, como si el mundo se hubiera desvanecido en un recuerdo lejano.

«Es tranquilo», observo, respirando profundamente el aire fresco y frío que nos rodea, sintiendo que el peso del momento se asienta cómodamente entre nosotros.

Se vuelve hacia mí y sus ojos buscan los míos con una intensidad que me acelera el corazón. «Quería encontrar un momento en el que pudiéramos hablar, lejos de todo lo demás», continúa, con expresión seria y vulnerable, como si esta conversación pudiera cambiarlo todo.

«¿De qué querías hablar? le pregunto, aunque una sensación de agitación en mi interior me sugiere que ya sé la respuesta.

Respira hondo y su pecho sube y baja con el peso de sus palabras. «De nosotros. Sobre lo que pasó bajo el muérdago».

Se me calientan las mejillas al recordarlo, me viene a la mente la imagen vívida de aquel momento: una maraña de emociones y el suave resplandor de las luces parpadeantes que nos rodean. «Fue... inesperado, pero no inoportuno», admito, y la sinceridad de mi voz me sorprende incluso a mí misma.

Sonríe suavemente, con una calidez en su expresión que parece disipar el frío del aire invernal. «Me alegra oírlo», responde, sus ojos centellean con una mezcla de alivio y algo más profundo,

algo que insinúa posibilidades aún por descubrir.

Me muerdo el labio, armándome de valor. «Derrick, siento algo por ti. Desde hace tiempo».

Se acerca, nuestras respiraciones se mezclan en el aire frío. «Y yo por ti. Pero también sé que esto complica las cosas».

«Sí, lo complica», acepto, con una pizca de determinación en mis palabras. «Pero quizá algunas cosas merezcan la pena complicarse, sobre todo cuando encierran la promesa de algo más».

Se ríe suavemente, con un sonido cálido y acogedor que resuena en la quietud del atardecer invernal. «No podría estar más de acuerdo», dice, con una voz impregnada de un nuevo entusiasmo que baila en el aire entre nosotros.

Un silencio confortable se instala entre nosotros. La nieve sigue cayendo, los copos se enredan en su pelo y en sus pestañas. Sin pensarlo, alzo la mano para quitárselos, rozando ligeramente su piel.

Me coge la mano y la estrecha suavemente contra su mejilla. «Brielle», susurra, “no quiero pasarme, pero...”.

«No lo harás», le aseguro.

Se inclina lentamente, sus movimientos son deliberados, dándome la oportunidad de apartarme si quiero. Pero no lo hago. Nuestros labios vuelven a encontrarse, y esta vez el beso es más profundo, más seguro, una mezcla de calidez y anhelo. Es como si todas las palabras no dichas que han permanecido en el aire entre nosotros se transmitieran finalmente en este único y electrificante momento, haciéndose eco de las emociones que ambos hemos retenido durante tanto tiempo.

Cuando nos separamos, ambos sonreímos.

«Quizá deberíamos resguardarnos del frío», sugiero, aunque el calor entre nosotros hace que el frío apenas se note.

«De acuerdo», dice, pero ninguno de los dos se mueve.

Respiro y me armo de valor. «¿Te gustaría venir a casa conmigo esta noche?».

Sus ojos se abren ligeramente, la sorpresa se dibuja en sus rasgos antes de convertirse en una suave expresión de felicidad. «Me encantaría».

«De acuerdo», digo, con el corazón acelerado por la emoción y los nervios.

Me aprieta suavemente la mano. «¿Vamos?»

Volvemos a entrar y recogemos discretamente nuestras cosas. Al salir de la fiesta, la nevada crea un sereno telón de fondo, la ciudad silenciosa y reluciente. Caminando uno al lado del otro, con los dedos entrelazados, siento una sensación de anticipación. Esta noche parece el comienzo de algo nuevo, algo maravilloso.

DERRICK



El aire fresco de la noche nos saluda al salir del edificio, el suave crujido de la nieve bajo los pies acompaña nuestros pasos. Las calles de la ciudad están más tranquilas ahora, el ajetreo habitual atenuado por el suave manto blanco que lo cubre todo. Las farolas proyectan un cálido resplandor y sus reflejos brillan en las aceras cubiertas de nieve.

Brielle camina a mi lado, con su mano entre las mías. Entre nosotros reina un silencio confortable, interrumpido por el lejano sonido de los villancicos que suenan en una tienda cercana y el silbido ocasional de un coche que pasa. Los copos de nieve se enredan en su pelo y levanta la vista, con el rostro iluminado por la suave luz.

«Es tan tranquilo», dice en voz baja, con la respiración visible en el aire fresco.

«Lo es», coincido, con la mirada fija en ella, cautivado por la forma en que la luz baila en sus ojos. «Parece como si estuviéramos en nuestro propio mundo, lejos de todo lo demás».

Me sonríe, con una calidez que se extiende por la fría noche. «Me alegro de que lo compartamos», contesta, con una voz que apenas supera el susurro, como si supiera que este momento es precioso y efímero.

Llegamos a su edificio, una encantadora casa de piedra rojiza adornada con guirnaldas y coronas festivas. Me guía escaleras arriba y nos detenemos en la puerta mientras busca las llaves.

«Lo siento, están por aquí», me dice, y sus dedos se sumergen en las profundidades de su bolso, buscando entre el revoltijo de objetos con una mezcla de determinación y frustración desenfadada.

Me río por lo bajo, disfrutando del momento. «No hay prisa», le respondo, en tono de broma, mientras me apoyo despreocupadamente en el marco de la puerta y la observo con una sonrisa divertida.

Con un «¡Ah!» triunfal, sale finalmente victoriosa, blandiendo las llaves como un trofeo antes de introducir rápidamente una en la cerradura. Cuando la puerta se abre, la calidez del vestíbulo nos envuelve como un abrazo acogedor, con el agradable aroma del pino y la vainilla flotando en el aire, haciendo que el espacio se sienta como en casa.

«Bienvenida a mi humilde morada», me dice, su tímida sonrisa ilumina la habitación y no puedo evitar sentir un tirón de afecto ante la calidez de su saludo.

«Es encantador», le respondo, admirando el acogedor espacio. La entrada da paso al salón, donde un árbol de Navidad bellamente decorado se alza junto a la ventana, con sus luces titilando alegremente. Junto a la chimenea cuelgan calcetines y un sofá de felpa está cubierto de suaves mantas.

«¿Puedo coger tu abrigo?», me ofrece, con voz cálida y acogedora, como si la hospitalidad fuera algo natural para ella.

«Gracias», respondo, me quito el abrigo y siento el ligero frío del aire en la piel. Ella hace lo mismo y cuelga nuestros abrigos en un perchero cercano, con movimientos elegantes y seguros.

«Siéntete como en casa», me anima, dirigiendo su gesto hacia el salón, lleno de una decoración acogedora que invita a relajarse. «¿Queréis tomar algo? ¿Cacao caliente? ¿Té? Puedo preparar cualquiera».

«El cacao caliente me parece perfecto», respondo, y una sonrisa se dibuja en mi rostro al pensar en esa bebida rica y cremosa.

Mi respuesta ilumina sus ojos. «Estupendo. Enseguida voy», dice, con un entusiasmo palpable, mientras se dirige a la cocina y me deja impregnada de la calidez y el encanto de su hogar.

Mientras ella se dirige a la cocina, yo entro en el salón. El espacio es cálido y acogedor, un reflejo de su personalidad. Fotos enmarcadas adornan la repisa de la chimenea: imágenes de ella con amigos y familiares, momentos capturados entre risas y alegría. Siento una punzada de nostalgia al darme cuenta de lo mucho que me gustaría formar parte del mundo que ha creado.

«Aquí está», anuncia, y vuelve con dos tazas humeantes cubiertas con nata montada y un poco de canela. «Mi receta secreta».

Le cojo una taza y nuestros dedos se rozan. «Gracias».

Nos acomodamos en el sofá, el suave resplandor del árbol de Navidad nos ilumina. Le doy un sorbo al cacao, el rico chocolate me calienta por dentro y por fuera. «Está delicioso».

Sonríe. «Me alegro de que te guste».

Nos quedamos un rato en silencio, con el único sonido del crepitar de la chimenea y la tenue música navideña de fondo.

«Brielle», empiezo, girándome hacia ella, con el calor de la habitación envolviéndonos como una manta acogedora. «Quiero darte las gracias por lo de esta noche».

Ella levanta una ceja juguetonamente, una sonrisa burlona bailando en sus labios. «¿Me das las gracias por invitarte a tomar chocolate caliente?».

Suelto una risita ligera y sincera. «Bueno, sí. Pero también por... todo lo demás».

Su expresión se suaviza, el brillo juguetón de sus ojos es sustituido por algo más profundo. «Soy yo quien debería darte las gracias. Por arriesgarte».

Alargo la mano y le paso un mechón de pelo por detrás de la oreja, mis dedos se detienen un momento más de lo necesario. «Tenía miedo de cruzar una línea, de complicar las cosas. Pero estar aquí contigo ahora es lo más natural del mundo, como volver a casa».

Se inclina hacia mí, con la respiración entrecortada. «Yo siento lo mismo».

Dejo mi taza en la mesita, cojo la suya y la coloco junto a la mía. «Hay algo que quería decirte».

Me mira expectante.

«Te he admirado desde el momento en que entraste en aquella entrevista», confieso. «Tu inteligencia, tu pasión, la forma en que iluminas una habitación... He intentado mantener la profesionalidad, pero la verdad es que no he dejado de pensar en ti».

Sus ojos brillan de emoción, reflejando una profundidad de sentimientos que me deja sin aliento. «No tenía ni idea», admite, con la voz apenas por encima de un susurro.

«Pensé que era mejor mantener las distancias», continúo, con la mirada fija en la suya. «Pero esta noche me he dado cuenta de que vale la pena arriesgarse por algunas cosas, de que vale la pena traspasar los límites que me he impuesto».

Sonríe suavemente, con una calidez en el rostro que me acelera el corazón. «Me alegro de que lo hayas hecho», responde, y su sinceridad llena el espacio que hay entre nosotros.

Tomo sus manos entre las mías y siento el delicado calor de su piel contra mis palmas. «No sé lo que nos deparará el futuro», le digo con voz firme pero llena de esperanza, “pero me gustaría que lo descubriéramos juntos, que exploráramos juntos lo que se nos presente”.

Ella asiente, una lágrima resbala por su mejilla. «Me gustaría mucho».

La estrecho suavemente entre mis brazos y nuestros labios se encuentran en un tierno beso. Es un beso lleno de promesas y esperanzas, la culminación de meses de sentimientos no expresados. Me rodea el cuello con los brazos y siento que se relaja contra mí, como si siempre hubiera estado allí.

Cuando nos separamos, se queda un momento apoyando su delicada frente en la mía, su calor irradiando a través del pequeño espacio que nos separa. «Quédate conmigo esta noche», susurra, con una voz que apenas supera un suspiro, pero que tiene el peso de la nostalgia.

«¿Estás segura? Pregunto suavemente, con el corazón acelerado al pensar en la intimidad que me está ofreciendo, necesitando estar seguro de que esto es lo que realmente quiere.

«Sí», responde, y sus ojos buscan los míos con una intensidad que me hace respirar entrecortadamente. «Quiero estar contigo, completamente».

«Entonces no hay otro lugar en el que prefiera estar», le aseguro, y la sinceridad de mis palabras nos afianza a los dos mientras me inclino hacia su calor, dispuesto a aceptar lo que la noche nos depare.

Se levanta, me coge de la mano y me lleva hacia el pasillo. La expectación aumenta a cada paso, una mezcla de excitación y ternura. Entramos en su dormitorio, un espacio acogedor adornado con luces tenues y toques de decoración navideña.

BRIELLE



Me giro para mirar a Derrick cuando llegamos a mi dormitorio, y puedo ver el hambre en sus ojos. Me muerdo el labio inferior, una costumbre nerviosa, pero la forma en que su mirada se fija en mi boca me hace respirar entrecortadamente. Me acerco un paso y mi cuerpo se balancea hacia el suyo como atraído por una fuerza invisible. Se encuentra conmigo a medio camino y nuestros labios chocan en un beso apasionado.

Las manos de Derrick recorren mi cuerpo, acercándose más mientras nuestras lenguas bailan juntas. Siento su dura longitud presionándome y un escalofrío me recorre la espalda. Le rodeo el cuello con los brazos, acercándolo aún más mientras nuestro beso se hace más profundo.

Sus manos bajan por mi espalda, me tocan el culo y me levantan. Rodeo la cintura de Derrick con las piernas, apretándome contra él mientras nuestro beso se vuelve más urgente. Me lleva hasta la cama y me tumba suavemente mientras sigue besándome.

Cojo el dobladillo de su camiseta y se la subo por la cabeza. Su pecho es tonificado y musculoso, y no puedo evitar pasar las manos por su piel. Él me devuelve el favor, me quita la camiseta y la tira a un lado. Sus dedos recorren mi sujetador, acariciando mis pezones hasta que se endurecen.

Alargo la mano hacia atrás y me desabrocho el sujetador, dejándolo caer. Los ojos de Derrick se abren de par en par al ver mis pechos desnudos, y no tarda en inclinarse para llevarse uno de mis pezones a la boca. Gimo cuando su lengua se arremolina alrededor del sensible nódulo, haciendo que oleadas de placer recorran mi cuerpo.

Me quito los pantalones de una patada mientras él se despoja de sus bóxers. Me atrae hacia él, nuestros cuerpos se aprietan mientras seguimos besándonos. Noto la dureza de su miembro contra mi muslo y me agacho para acariciarlo a través de los calzoncillos. Gime y sus caderas se agitan al contacto.

Derrick se aparta un momento, mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca un preservativo. Se lo pone rápidamente y vuelve a ponerse encima de mí. Se desliza dentro de mí lentamente, centímetro a centímetro, hasta que está completamente sentado. Ambos gemimos cuando nuestros cuerpos se unen y él empieza a moverse.

Sus embestidas son lentas y profundas, llegan al punto exacto. Lo rodeo con las piernas, y nuestros cuerpos se mueven a la par.

Cada embestida me produce escalofríos de placer que recorren todo mi cuerpo, encendiendo mis

nervios con un fuego lujurioso. Instintivamente, mis piernas rodean su cintura, atrayéndolo más cerca, instándolo a que me llene por completo. Nuestros cuerpos se mueven en perfecta armonía, una sinfonía de lujuria y deseo que nos lleva a ambos al borde del éxtasis.

Las poderosas manos de Derrick me agarran por las caderas y me sujetan mientras me penetra con desenfreno. El delicioso roce de nuestros cuerpos me provoca oleadas de placer y no puedo evitar gritar de placer. Mis dedos se clavan en los firmes músculos de su espalda, incitándole a seguir mientras me penetra más y más profundamente.

Noto cómo la tensión crece en mi interior, cómo la presión aumenta con cada fuerte embestida. Mi cuerpo tiembla de anticipación, desesperado por liberarse. Él siente mi necesidad y responde con más vigor, sus movimientos se vuelven más urgentes, más primarios.

Su grueso miembro me llena por completo, estirándome hasta el límite mientras entra y sale con deliciosa facilidad. Puedo sentir cada centímetro de Derrick, cada cresta y cada vena, mientras se deslizan por mi carne sensible. Mis caderas se agitan salvajemente, siguiendo su ritmo mientras corremos hacia el precipicio del placer.

Sus labios encuentran los míos y me devoran con una pasión que me deja sin aliento. Nuestras lenguas danzan juntas en un duelo sensual, aumentando el placer mientras nuestros cuerpos siguen moviéndose al unísono. Puedo saborear el sudor de su piel, el aroma del deseo que me hace la boca agua.

El placer crece y crece hasta que es casi insoportable. Grito al correrme y mi cuerpo tiembla por la fuerza del orgasmo. Derrick le sigue poco después, con su propio orgasmo estremeciéndole.

Nos desplomamos juntos, respirando agitadamente mientras bajamos de nuestro subidón. Se pone de lado, me acerca y me rodea con los brazos. Nos quedamos tumbados un momento, disfrutando del resplandor, hasta que por fin nos coge el sueño.

BRIELLE



La luz de la mañana se filtra a través de las cortinas, tiñendo la habitación de un tono dorado. Me despierto despacio, con el calor del cuerpo de Derrick junto al mío como presencia reconfortante. Por un momento, me quedo tumbada, saboreando el constante subir y bajar de su respiración, la forma en que su brazo me protege.

Lo de anoche me parece un hermoso sueño, una fusión de corazones y esperanzas bajo el suave resplandor de las luces de Navidad. Me giro un poco para mirarle, con los rasgos relajados por el sueño. Hay una suavidad en él que hace que se me hinche el corazón.

Con cuidado, salgo de la cama, me pongo una bata y me dirijo en silencio a la cocina. El apartamento está lleno del sereno silencio de la mañana, el mundo exterior aún cubierto por los restos de la nevada. Me dispongo a preparar café, cuyo rico aroma no tarda en impregnar el ambiente.

Mientras vierto el líquido humeante en las tazas, el rico aroma del café me envuelve, y oigo el suave sonido de unos pasos que se deslizan suavemente detrás de mí sobre el suelo de madera.

«Buenos días», llega la voz de Derrick, cálida y ligeramente ronca, envolviéndome como una manta acogedora. Me giro para saludarle y una sonrisa se dibuja naturalmente en mi rostro cuando su presencia llena la cocina de una calidez acogedora.

Me giro y lo veo apoyado en la puerta, con los pantalones del pijama que le había ofrecido y una sonrisa de satisfacción. «Buenos días», le contesto, sintiendo que el rubor me sube por las mejillas.

Derrick cruza la habitación y su mirada se clava en la mía con una intensidad que me hace estremecerme. «Algo huele de maravilla», me dice con voz de auténtico agradecimiento.

«Sólo café», respondo encogiéndome de hombros con indiferencia, aunque en mi tono persiste un deje de orgullo. «Pero puedo preparar el desayuno si tienes hambre. Tengo huevos y beicon listos».

Se acerca y me rodea la cintura con los brazos; el calor de su cuerpo irradia contra el mío mientras me estrecha suavemente contra él. «El café está perfecto», murmura, su aliento roza mi oreja y me acelera el corazón.

Le tiendo una taza y nos sentamos en la mesita junto a la ventana. La vista da a la calle de la ciudad, donde algunos madrugadores siguen con sus quehaceres, con la nieve crujiendo bajo sus

pies.

«Es agradable», comenta, saboreando el calor de la taza en sus manos mientras bebe un sorbo. «Tranquilo».

Asiento con la cabeza, mirando un momento por la ventana. «No es frecuente que la ciudad esté tan tranquila, sobre todo con todo el ajetreo que solemos ver».

Derrick cruza la mesa y sus dedos rozan los míos con un tacto suave y persistente que me produce un agradable escalofrío. «Gracias por lo de anoche», dice en voz baja y sincera, y su mirada se clava en la mía con una intensidad que me hace palpar el corazón.

Sonrío suavemente, sintiendo un calor que me recorre. «Yo debería darte las gracias a ti», respondo, con la voz apenas por encima de un susurro, mientras el recuerdo de la noche anterior flota en el aire entre nosotros.

Ladea la cabeza, con un brillo juguetón en los ojos. «Podríamos estar toda la mañana dándole vueltas, o podríamos estar de acuerdo en que fue especial para los dos».

«De acuerdo», digo, riendo ligeramente.

Nos quedamos en un cómodo silencio, simplemente disfrutando de la compañía del otro. La tensión que había entre nosotros se ha disipado, sustituida por una fácil familiaridad. Parece como si nos conociéramos desde hace mucho más tiempo.

«Entonces», empieza Derrick, trazando suaves círculos en el dorso de mi mano con las yemas de los dedos, un gesto cálido y tranquilizador, “¿qué planes tienes para el resto de las vacaciones?”.

Me encojo ligeramente de hombros, sintiendo la calidez de su tacto. «Iba a visitar a mis padres el día de Navidad, pero aparte de eso, no tengo grandes planes. Sólo lo de siempre, tal vez algo de tiempo para relajarme y descansar, ¿sabes?».

«¿Te gustaría que pasáramos juntos la Nochebuena?», pregunta con un tono esperanzador y una chispa de emoción en los ojos.

«Me encantaría», respondo sin dudar, con una sonrisa en la cara, emocionada ante la idea de compartir esa noche tan especial con él.

Una sonrisa se dibuja en su rostro, iluminando sus facciones de un modo que me hace palpar el corazón. «Quizá podríamos empezar una nueva tradición», sugiere, con los ojos brillantes de entusiasmo.

Levanto una ceja juguetona, intrigada por su idea. «¿Qué tienes en mente? pregunto, inclinándome un poco para mostrar mi interés.

«Bueno, soy voluntario en un refugio local en Nochebuena», explica Derrick, con un tono cálido y acogedor. «Sirvo la cena, reparto regalos. Es algo que hago desde hace unos años y significa mucho para mí».

«Eso es maravilloso», digo, realmente conmovida por la revelación. La idea de que dedique sus vacaciones a retribuir me llena de admiración, y no puedo evitar sentir una conexión más profunda con él en este momento.

«Estaba pensando... ¿quizá te gustaría acompañarme?», sugiere, con los ojos brillantes de auténtico entusiasmo.

«Sería un honor», respondo con sinceridad, sintiendo que me invade una sensación de calidez ante la idea de compartir una experiencia tan significativa con él.

Derrick me aprieta la mano con suavidad, su tacto a la vez tranquilizador y afectuoso. «Y después, quizá podríamos dar un paseo, ver las luces de la ciudad. Ya sabes, las decoraciones parpadeantes y las muestras festivas que hacen que todo parezca tan mágico en esta época del año».

«Me parece perfecto», digo, con una sonrisa en los labios al imaginarme paseando juntos bajo el resplandor de las luces navideñas, envueltos en el aire invernal como en una acogedora manta.

Terminamos el café y la conversación fluye con facilidad, pasando de los planes navideños a las tradiciones favoritas y las anécdotas divertidas de la infancia. A cada momento que pasa, me siento más unida a él, como si los hilos invisibles que nos unen estuvieran tejiéndose en algo irrompible.

«¿Tienes tiempo para desayunar? le pregunto, rebosante de entusiasmo. «Hago unas tortitas buenísimas que creo que te van a encantar».

Sonríe, una chispa de entusiasmo ilumina sus ojos. «No me lo perdería por nada del mundo».

Nos movemos juntos por la cocina, mezclando la masa, volteando las tortitas y dando toques juguetones. Las risas llenan el espacio mientras navegamos por el pequeño espacio, chocando unos con otros intencionadamente.

Cuando nos sentamos a comer, capto su mirada fija en mí. «¿Qué pasa? pregunto, un poco cohibida.

Derrick sacude ligeramente la cabeza. «Estaba pensando en lo feliz que soy ahora mismo».

«Yo también», admito.

Alarga la mano por encima de la mesa y me quita una miga de la mejilla. «Sé que tenemos que averiguar cómo funciona esto de ser colegas, pero quiero que sepas que me comprometo a que funcione».

Asiento con la cabeza, sintiendo un calor que me recorre al apreciar su sinceridad. «Iremos paso a paso. Sin prisas».

Derrick sonríe, con una pizca de alivio en su expresión. «Exacto. Un paso a la vez suena perfecto».

Cuando terminamos de desayunar, nos encontramos cómodamente instalados en el sofá, envueltos en una acogedora manta que se siente como un suave abrazo. Las luces del árbol de Navidad titilan suavemente en la tenue luz de la habitación, proyectando un cálido resplandor que baila sobre nuestros rostros, mientras el aroma a pino fresco llena el aire, evocando recuerdos de alegres fiestas pasadas.

«¿Puedo preguntarte algo?» Derrick dice, su tono cambia a algo más serio, una profundidad en

sus ojos que capta mi atención.

«Por supuesto», respondo, con la curiosidad despertada mientras me preparo para lo que quiera contarme.

«¿Por qué decidiste invitarme anoche? pregunta Derrick, con una voz teñida de genuina curiosidad, como si buscara el significado más profundo de mi elección.

Me tomo un momento para reflexionar sobre su pregunta, dejando que la calidez del momento nos envuelva como la manta que compartimos. «Creo que simplemente... no quería que la noche terminara. Estar contigo me pareció lo correcto, como una pieza de un rompecabezas que encaja perfectamente en su sitio, y quería ver adónde podía llegar, explorar esta conexión que tenemos».

Asiente pensativo, con la mirada fija, y una leve sonrisa se dibuja en sus labios. «Me alegro de que lo hicieras. Parece que algo especial está empezando aquí».

«Yo también», respondo, con el corazón palpitando ante la idea de lo que podría esperarnos.

Derrick me acerca y me besa suavemente en la frente. «Tengo la sensación de que va a ser una Navidad para recordar».

Sonrío, acurrucándome en su abrazo. «La mejor hasta ahora».

Mientras estamos allí sentados, viendo cómo empieza a nevar de nuevo al otro lado de la ventana, no puedo evitar sentir que este es el comienzo de algo hermoso. Las incertidumbres del futuro no parecen tan desalentadoras con él a mi lado.

BRIELLE

TRES MESES DESPUÉS



El suave zumbido de la vida urbana se filtra por la ventana abierta, mezclándose con la tenue música que suena en mi teléfono sobre la encimera de la cocina. Es una fría mañana de marzo y, a pesar de los primeros rayos de sol primaverales que se abren paso entre las nubes, en el aire perdura una pizca de invierno. El vapor sale de mi taza de café mientras la envuelvo con las manos, disfrutando del calor que se filtra en mi piel.

Tres meses. Han pasado tres meses desde aquella inolvidable fiesta de Navidad, y cada momento desde entonces ha sido más mágico de lo que jamás me atreví a soñar.

Echo un vistazo y veo a Derrick junto a la ventana, remangado mientras espera a que se acabe la tostadora. Incluso en una relajada mañana de sábado, está muy guapo, con el pelo oscuro ligeramente revuelto y la barba incipiente un poco más pronunciada de lo habitual. Me sorprende mirándole y me dedica una sonrisa perezosa que me acelera el corazón.

«¿Disfrutas de las vistas?», me pregunta en tono burlón, con un brillo juguetón en los ojos que me revuelve el estómago.

Me encojo de hombros, tratando de mantener la calma, aunque mi corazón se acelera. «Puede ser. No está mal», respondo, dejando escapar una pequeña sonrisa que traiciona mi fingida indiferencia.

Se ríe y se acerca, me rodea los hombros con un brazo y me estrecha. El aroma familiar de su colonia, a madera con un toque de especias, llena mis sentidos y me tranquiliza.

«Desde aquí también se ve muy bien», murmura Derrick, dándome un suave beso en la frente.

Me derrito en su abrazo y se me dibuja una sonrisa en la cara al recordar lo mucho que ha cambiado desde aquella noche. Seguimos llevando nuestra relación con la misma intensidad tranquila que nos unió al principio, pero ahora hay una ligereza, una risa compartida y una sensación de tranquilidad que no sabía que me faltaba.

Pasamos la Nochevieja con amigos, bajo los fuegos artificiales, mientras él me besaba a medianoche, los dos llenos de esperanza por lo que nos depararía el año. Superamos las primeras discusiones incómodas con Recursos Humanos, que resultaron mucho menos complicadas de lo que ninguno de los dos temía. Ahora, la gente del trabajo está acostumbrada a vernos juntos, aunque procuramos mantener el equilibrio en nuestra vida profesional. La atención que Derrick presta a los límites es una de las cosas que más me gustan de él; es su forma de asegurarse de que

nuestra relación se mantiene con los pies en la tierra y respetada.

«¿Una tostada?» pregunta Derrick, sacándome de mis pensamientos.

Asiento con la cabeza y cojo una rebanada mientras él la unta con mantequilla y añade una generosa ración de mermelada a la mía. Nos volvemos a sentar en la mesa de la cocina y no puedo evitar fijarme en cómo me observa, con una mirada cálida y familiar.

«Sabes», dice, dando un buen mordisco a su tostada y saboreando la mantequilla y la mermelada, “estos han sido los tres mejores meses que recuerdo”.

Sonrío y siento un calor familiar que me envuelve el corazón como una suave manta. «No podría estar más de acuerdo».

Se hace un silencio confortable mientras terminamos de desayunar y me pongo a pensar en lo mucho que quiero esto, en lo mucho que quiero que forme parte de mi vida para siempre. Quizá sea demasiado pronto para decirlo, pero sé que él también lo siente.

Como si leyera mi mente, cruza la mesa y me coge la mano. «Brielle», empieza, con un tono de repente serio. «Sé que todo esto es nuevo y no quiero precipitarme. Pero estar contigo ha sido... todo. No puedo imaginarme volver a como eran las cosas antes».

«Yo tampoco», respondo en voz baja, sintiendo que se me hace un nudo en la garganta. «Has cambiado mi vida de muchas maneras, Derrick».

Se ríe, su pulgar rozando mis nudillos. «Lo dices como si yo hubiera hecho todo el trabajo. Tú eres el que trajo tanta luz y risas a mi mundo. Nunca me di cuenta de cuánto lo necesitaba hasta que llegaste tú».

Nos quedamos sentados, con las manos entrelazadas, el peso de sus palabras asentándose entre nosotros de la mejor manera posible. No hay prisa, no hay presión, sólo la tranquila comprensión de que esto -sea lo que sea, vaya donde vaya- lo vale todo.

«¿Quieres salir más tarde?» Derrick pregunta, cambiando la conversación a una nota más ligera, su sonrisa contagiosa. «Hay una nueva exposición de arte en el centro. Podríamos pasar el día entero explorando y disfrutando de la creatividad».

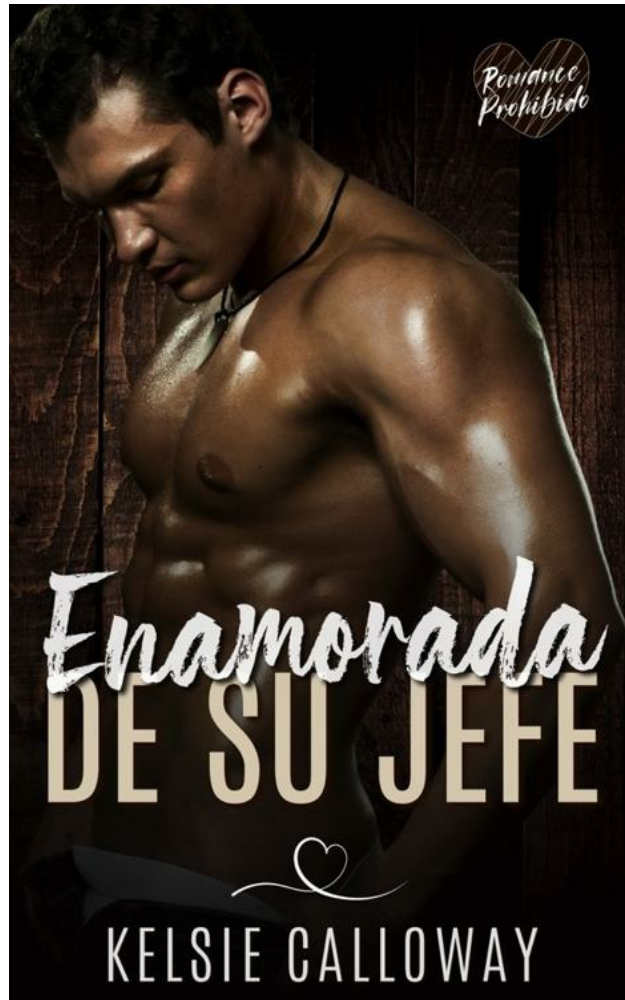
Sonrío ampliamente, un aleteo de emoción baila en mi pecho ante la idea. «Me encantaría. Me vendría bien un poco de cultura en mi vida».

Su mano vuelve a encontrar la mía, cálida y tranquilizadora, y la aprieta suavemente, lo que me produce una oleada de calor. «Me parece perfecto. Que sea una cita, solos tú y yo, sumergiéndonos en el mundo del arte y la inspiración».

Puede que fuera todavía haga frío, que los últimos vestigios del invierno persistan en el aire, pero aquí, en esta pequeña cocina llena de calidez, amor y el aroma del café recién hecho, parece que ya ha llegado la primavera.

Mientras recogemos los platos y empezamos a planificar el día, me doy cuenta de lo agradecida que estoy por aquella fatídica noche, por aquella fiesta y por el muérdago que nos unió.

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE
CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

<https://geni.us/SpanishRM>



TAMBIÉN DE KELSIE CALLOWAY



¿Quieres más Kelsie Calloway?

¡Visita mi página de Amazon para ver qué otros listados en español tengo!

<https://amazon.com/author/kelsiecalloway>